



LOS TONTOS



CHAI EDITORA





Joan Silber

LOS TONTOS

Traducción de DAMIÁN TULLIO

Colección dirigida por FEDERICO FALCO

Joan Silber

Título original: *Fools*

© Del texto, Joan Silber, 2013

© De esta edición, Chai Editora, 2026

© De la traducción, Damián Tullio,
2026

Director de la colección:
Federico Falco

Diseño de portada:
Gonzalo Marín

Foto de tapa:
Fernanda Venegas

Diseño de identidad, colección y web:
Lamas Burgariotti

Primera edición en España:
Octubre 2026

ISBN: 979-13-991423-4-1

Depósito legal: M-22437-2026

Edición de la versión española
Nacho del Arco Bonet

Corrección
Leticia Cosculluela Viso

www.chaieditora.com



Para Chuck Wachtel



Si el tonto persistiera en su tontería, se volvería sabio.
William Blake

*Soy dolorosamente consciente de que, en todas partes, la
conducta dista mucho de las creencias.*
Mohandas K. Gandhi

*La felicidad ocurre cuando lo que piensas, lo que dices y lo
que haces están en armonía.*
Mohandas K. Gandhi

*Nuestros problemas surgen por aceptar este sistema sucio y
putrefacto.*
Dorothy Day



Los tontos

Para muchísima gente, los anarquistas eran unos tontos. Terminé la secundaria en 1924, e incluso durante mi infancia, cuando los anarquistas más radicales aún creían en «pasar a la acción» y tiraban bombas y disparaban contra líderes mundiales, la gente pensaba que lo hacían por una especie de sensiblería sanguinaria, una ingenuidad algo divertida. Todas esas risas, ahora que lo pienso, ignoraban aquellas cosas por las que uno comete tonterías en esta vida: por amor, por Cristo, por admiración. Tenía amigos que, al final, las cometieron por todas esas razones. Yo elegí las mías propias.

No nací en un hogar anarquista. Me empapé de él a través de la lectura. Alguien me dio un panfleto en la calle y ese fue el inicio. Y mi primo Joe fue una influencia. Joe era un primo tercero, casi no estábamos ni emparentados, pero durante nuestra adolescencia acompañamos a mi madre durante el breve período en que distribuyó ropa usada para los pobres de nuestra iglesia. Abrigos de lana con olor a humedad, baberos escolares raídos y pilas y pilas de sombreros para hombres. El problema era que a mi madre le daban pavor las personas que aparecían pidiendo ropa. Nos quedábamos detrás de una mesa en el sótano oscuro y húmedo de la iglesia mientras ella pedía que hicieran fila y entre susurros me decía que no tocara a ninguno de los niños. Del otro lado, Joe me preguntaba por lo bajo por qué a nosotros nos sobraban estas cosas y a ellos no.

Nací en la India, en la ciudad de Madrás, en el estado de Tamil Nadu, cuando mi padre era misionero de la Iglesia congregacional. Volvimos a Filadelfia cuando tenía seis años, pero aún recuerdo algunas cosas. Mi padre abandonó la misión en un estado

de profunda desilusión, amargado por la permanente rivalidad eclesiástica en un país tan lleno de sufrimiento. En Estados Unidos, se reían de mí porque mi acento era diferente y en el colegio un grupo de chicas me hostigaba permanentemente.

En la adultez, cuando mis amigos se enteraban de que venía de una familia misionera, se burlaban diciéndome que yo, naturalmente, formaba parte de una larga estirpe de fanáticos y, en efecto, así era como a mí me gustaba verlo. En realidad, el fanatismo se había agotado cuando empecé a hacerme mayor. Mi padre era tan solo un sacerdote calvo y abrumado más que murmuraba sus sermones y no quería mirar a nadie a los ojos. Mi madre era más apasionada, casi hasta la desesperación.

Odiaba esas reuniones insoportables de las damas de la caridad en nuestro salón y la tediosa catequesis de los domingos, donde mi pobre madre enseñaba hechos inverosímiles que se habían convertido en clichés. En el instituto, me hice famosa por mis chistes cínicos sobre la Virgen María. Pero Joe era peor. En el auditorio del colegio, me pasaba papelitos en los que parodiaba los salmos que leíamos en voz alta («Quien tenga las manos limpias y el corazón puro, y, por supuesto, las lave siempre con lejía»).

Cuando leía los libros que Joe me prestaba, sentía una mezcla de alivio y alegría al terminar las partes más difíciles. Desde el primer momento, lo que más me gustó del anarquismo fue que su verdad era evidente: la gente se confundía si esperaba que la justicia emanara del Estado. El poder nunca protegerá al más débil, tan solo se protege a sí mismo. La tiranía era parte integral del sistema. La claridad de esta explicación me parecía bastante contundente, así como la insistencia en que las cosas no podían continuar de aquella manera, aunque la historia humana lo die-
ra por sentado.

Para Joe, yo era una chica que conocía desde siempre. No se le había ocurrido sentirse atraído hacia mí en una forma que no fuera fraternal hasta que me vio un día fresco de otoño escuchando un discurso de apoyo a Sacco y Vanzetti. Yo estaba reclinada contra el tronco de un olmo cuando él se acercó caminando hacia mí, con sus andares de piernas largas y el pelo engominado hacia atrás.

—Todos piensan que estoy en la biblioteca estudiando —dije.

—Bueno, Vera, en realidad sí que estás estudiando.

—Llevo aquí un buen rato —dije—, ¿tú no tienes frío? Me estoy quedando helada.

Como golpe de efecto, me puse a tiritar y coloqué mi mano en su mejilla para que viera el frío que tenía. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

Estaba colada por él desde hacía tiempo. Se quitó la bufanda y la puso alrededor de mis hombros, acercándose para envolverme con ella.

—¿Mejor? —preguntó.

Qué fácil fue esa parte.

*

La fascinación que sentíamos entre nosotros se mezclaba con nuestros ideales, con nuestra rabia y con nuestras ilusiones, pero ¿qué tiene eso de malo? Nuestras conversaciones serpenteantes, llenas de lecturas vagamente entendidas y arranques de claridad, eran fabulosas. Hicimos un piquete en una fábrica textil junto a sus trabajadores; cogimos el tranvía y nos sumamos a la multitud un sábado en el que nuestros padres creían que habíamos ido al cine. Joe caminaba rápido, y pronto llegamos al frente, al lado de los colegiales que gritaban. Me mantuve cerca de Joe, me oí cantar y gritar. Era la primera vez que mostraba esa faceta en público.

Joe era un año mayor que yo. Una vez que terminó el instituto, consiguió un trabajo de administrativo en una imprenta. A él le encantaba estar en la calle, y aunque todo el proceso mecánico de las rotativas y de la impresión *offset* en seco le interesaba bastante, trabajaba muchas horas. Y yo tenía un hermano pequeño del que ocuparme. Los sábados llevaba al regordete de Robert al parque en su cochecito, y Joe caminaba junto a nosotros por los senderos, empujando el carrito para que yo pudiera ir cogida de su brazo.

Mi madre hablaba de nosotros como si estuviéramos comprometidos, pero se trataba de un malentendido por su parte. No teníamos intención de casarnos. Los dos dábamos por hecho que estaríamos juntos toda la vida, pero sin necesidad de firmar un papel. De hecho, me entusiasmaba la idea; la pureza de nuestra unión estaba más allá de la intervención del gobierno o de cualquier entidad religiosa que creyera que podría bendecirnos. La mera idea de una unión legal resultaba profundamente insultante, especialmente para personas como nosotros. Me sentí muy ofendida cuando mi hermana me preguntó:

—¿Qué le impide a Joe huir? Podría irse en cualquier momento. ¿Acaso quieres eso?

Nadie entendía lo injusto que resultaba eso para Joe y cuánto me menospreciaba a mí.

Seguíamos viviendo en las casas de nuestras respectivas familias y no escondíamos nuestros planes, no teníamos nada que ocultar. Mis padres no eran conservadores o estrictos como el resto de las familias clericales. No me mandaron a vivir lejos con un pariente lejano ni me encerraron en mi cuarto. Pero no dejaron que Joe volviera a entrar en casa. Sin importar las veces que él insistiera.

Mi madre me dijo:

—¿De verdad crees que podríamos superarlo si hicieras una cosa así?

Mi padre dijo:

—Los mandamientos existen por una razón. ¿No sientes a Dios a tu alrededor? ¿Crees que estás por encima de Dios?

Toda esa indignación podría incluso habernos fortalecido, si no hubiera venido acompañada de lágrimas. ¡Escuché llorar a mi padre! A mi avejentado y pobre padre. Era un sonido ahogado, antinatural, lleno de sollozos que venía del otro lado de la pared. ¿Estábamos haciendo lo correcto Joe y yo? Empecé a creer que nos habíamos aferrado ciegamente a un tecnicismo. Como mi amiga del colegio Mary Elizabeth, que pensaba que comer una uva pasa antes de comulgar estaba mal. Una uva pasa. ¿A quién le importaba?, ¿qué cambiaría si decíamos algunas palabras en una ceremonia pública? ¿Era preferible acaso la crueldad? Hasta Joe estuvo de acuerdo, aunque una media sonrisa llena de vergüenza atravesaba su rostro. Nos dolió a los dos que yo lo sorprendiera en ese gesto. Entonces, al final, fuimos hipócritas por bondad. Ambos. Mientras sujetaba mi ramo de flores de azahar, pensaba: «Estoy contenta, pero siento que voy disfrazada». Aunque supongo que mucha gente se siente así el día de su boda.

*

Vivimos dos meses en un apartamento con vistas a una fábrica de cajas, y después, tan pronto como pudimos, nos mudamos de la Filadelfia de nuestras familias a un territorio más libre y desconocido, Nueva York. Primero, nos quedamos en una habitación diminuta y desolada en una residencia de estudiantes y luego, cuando empezamos a ir a reuniones y tuvimos más vida social, compartimos casa con una pareja, Betsy y Norman, y un soltero llamado Richard y su perro Bakunin. A veces había más gente. Me encantaba esta forma de vida.

No bebíamos tanto como los demás, pero tampoco parecíamos necesitarlo. Discutíamos, hacíamos el payaso y refutábamos teorías dando los mismos gritos que los demás sin necesidad de beber. Estábamos probando cómo tener razón. Richard era quien planteaba más dilemas:

—Joe —decía—, ¿qué harías si atrapas a un tipo robando tu cartera? ¿Llamarías a la policía?

Joe estaba en contra de las cárceles, como los demás. Kropotkin se refería a ellas como «la universidad del crimen».

—Cogería mi cartera y trataría de hablar con él —dijo Joe.

—Oh, hablar contigo —dijo Betsy—. A lo mejor el tipo prefiere ir preso.

Pero yo pensaba que era una buena respuesta.

Mencioné al héroe de *Resurrección*, de Tolstói, que afirmaba que las prisiones nunca jamás hicieron bien a nadie.

—Escuchadla —dijo Joe—. ¿La estáis escuchando?

Todos sabían que yo leía más que Betsy.

—Tolstói señaló que el dinero era una nueva forma de esclavitud —añadí—. Nadie lee sus ensayos.

—Supongo que eres la única persona en el mundo que los ha leído, sí —dijo Richard—. No presumas tanto, nunca sirve de nada.

Sus palabras me hicieron sentir mucha vergüenza y después de eso nunca presumí de nada más.

Dorothy, una amiga de Richard que solía beber con nosotros, dijo:

—Yo he estado en la cárcel. No me reformó.

Tenía casi treinta años, era mayor que nosotros, y la habían arrestado una vez en una manifestación por el voto femenino. Y ahora no votaba, porque estaba convencida de que votar era volverse cómplice. Admiraba sus escrúpulos.

Me gustaba mirar a Joe mientras esperaba para hablar, ese mentón firme, esos ojos oscuros y suaves. Mi madre me había

dicho que los primeros años del matrimonio eran los más difíciles, pero el impacto de la convivencia casi no nos había causado problemas. Había fulgor e ideas que descifrar, lo que nos permitía mostrar nuestra mejor faceta. Además, siempre había gente alrededor.

Ninguno de nosotros dormía lo suficiente. Los demás se iban después de medianoche a beber a un bar clandestino a unas calles de distancia. Tenían empleos poco estables, horarios más flexibles; escribían artículos para revistas o diseñaban anuncios de ropa de mujer para centros comerciales, y yo estaba convencida de que Betsy había heredado dinero de su familia. Joe encontró trabajo en una imprenta del centro y yo conseguí un puesto pintando letras para una empresa del barrio que se encargaba de la cartelería de los locales. Siempre me gustó dibujar y hacer bocetos, y antes solía ocuparme de la decoración de la iglesia.

Fue una época estupenda. A Joe le encantaban aquellos debates interminables, pero al final de cada noche, una vez que estábamos en nuestra habitación, decía: «Estoy tan cansado», y hacía como que se desmayaba encima de mí, y en ese momento la lujuria arrasaba con cualquier fatiga que tuviéramos. Qué exuberantes eran esas noches, nuestra vida secreta de excesos.

*

Llegamos a la ciudad con el calor espeso del final del verano y en menos de un mes ya habíamos entrado de lleno en un otoño de días despejados, con el aire matutino repleto de luz en cada molécula. Me prometí a mí misma ir andando al trabajo, a pasar más tiempo en el frescor de la intemperie, pero este excelente hábito me duró dos días. Envidiaba a nuestra amiga Dorothy, que era dueña de una cabaña pequeña y sin calefacción junto a la playa en Staten Island. Un hombre muy amable llamado Forster

dormía con ella los fines de semana, cuando no tenía que trabajar en la ciudad. Afirmaban vivir a base de vino de contrabando y de lo que pescaban. Una vez nos trajeron una canasta con unas conchas marinas preciosas que olían a algas secas y yo las fui colocando en cada rincón de nuestra habitación, grandes caracoles blancos y delicadas valvas nacaradas, finas como el papel, y berberechos azules con rayas amarillas sobre la repisa de la chimenea y la mesita de noche.

—Imagina que este es tu escondite en una isla desierta —le decía a Joe, mientras le daba la vuelta a las sábanas—, un lugar donde las olas resuenan como la pasión de los mortales.

—Las oigo, las oigo.

Joe nunca había visto el mar, pero yo sí. Mi madre me acompañaba en mis paseos por las playas de Nueva Jersey mientras intentaba convencerme de que abandonara a Joe. En ese momento, estaba demasiado concentrada en el ritmo de las olas, que rugían como la respiración de un animal enorme, como el pulso del sexo. Sabía lo que era el sexo, o pensaba que lo sabía. Mi mente estaba influenciada por esas pocas ocasiones que Joe y yo habíamos aprovechado. Me quedé sentada junto a mi madre en un banco sobre la arena, mirando la espuma que se arremolinaba entre las olas, y me vinieron a la mente algunos recuerdos que me hicieron sentir segura de mí misma mientras estaba con ella.

—Alguna vez podríamos coger el *ferry* a Coney Island —dijo Joe, mientras se quitaba los zapatos.

—Esta es nuestra isla —dije, poniendo la palma de la mano sobre la cama.

A Joe le gustaba esa especie de sinceridad seductora. (Ahora su mano me había empezado a buscar, mientras apagaba la lámpara con la otra). Siempre y cuando no fuera demasiado sincera. Si mis elogios a su cuerpo se volvían cándidos y precisos, si se me

ocurría usar un lenguaje brusco y torpe para referirme a algo que habíamos hecho, él sonreía y me decía «sí, sí», pero no porque le apeteciera decirlo. Así que dejé de hacerlo. Todo el mundo pensaba que Joe era el más intenso de nosotros dos, pero nadie sabe del todo cómo funciona una pareja. Las vueltas que da ese nudo. Por su parte, Joe había aprendido a hablar poco cuando estábamos acostados en la cama, a no saturar ese momento con reflexiones sobre su día que hacían que estuviéramos demasiado cansados para hacer el amor. Las discusiones nos enfurruñaban, pero traían consigo correcciones interesantes.

Dorothy nos había dicho que la playa en la que vivía era magnífica por la noche, con pinos altos y delgados bajo las luces del cielo y las de las casas a lo largo de la costa, con el oleaje furioso e invisible en la oscuridad, y yo pensaba en ello mientras Joe y yo nos sumergíamos en nuestra propia noche, en nuestro propio mar. Nos quedábamos despiertos hasta tan tarde que llegábamos a escuchar los golpes de las herraduras del caballo del lechero, que venía muy temprano, casi al alba.

Por la mañana, cuando Joe y yo nos levantábamos, el perro —un mestizo grande con algo de perro policía en sus genes— era el único que estaba despierto, dando vueltas por la cocina. Los demás siempre dormían hasta las tantas. Pero de alguna manera a mí me gustaba ser alguien que iba al trabajo, y además me gustaba lo que hacía. No era una labor fascinante, pero lo suficiente como para enfrascarme en ella.

Pasé una tarde de lo más amena pintando —con marrón oscuro y verde hiedra— un cartel que sugería a los transeúntes:

CHICLES ADAMS
«UN VERDADERO DELEITE».

Había una hoja de menta por debajo. La hoja fue fácil y me sentí orgullosa cuando le agregué bordes dentados, pequeñas nervaduras y un tallo con mucho garbo.

A decir verdad, los chicles eran un producto sin valor alguno, el sueño de un avisado comerciante de poder empaquetar y vender la nada misma. Betsy se negaba a comprarlos. Mi padre había prohibido a todas sus hijas mascar chicle, nadie debía verlas rumiando como vacas. Mi pobre padre. En la India la gente solía masticar *paan* después de las comidas, una hoja con especias dulces enrolladas en su interior, para refrescar la boca y ayudar a la digestión. A mi madre la angustiaba casi hasta las lágrimas ver a los hombres escupir ese jugo rojo por la calle.

Mi infeliz madre. Lo mucho que se esforzaba con todo. De vez en cuando me escribe cartas. «Dale saludos a mi queridísimo yerno. ¡Espero que esté disfrutando de los platos que le preparas!». Joe jamás le iba a caer bien, nunca lo perdonaría por querer deshonrarme. Me burlaba de sus cartas con mis amigos, como si yo fuera una persona que quisiera una madre más campechana, más sincera.

Cuando terminé el cartel, mi jefe, el señor Frances, me dijo:

—La hoja se parece una oruga pisoteada.

—Es una hoja de menta —dije—. Solíamos cultivarla en nuestro jardín.

—¿Te pago para que seas una imbécil? —preguntó el señor Frances— ¿O acaso soy yo el imbécil por pagarte?

A todos nos hablaba de aquella manera.

A veces nos descontaba dinero del sueldo si no le gustaba cómo habían quedado los carteles. Diez centavos, o incluso veinte, lo suficiente para una comida. Decía que era una multa por nuestras ofensas al arte. O nos hacía quedarnos hasta tarde para volver a pintar un cartel desde cero.

—Lo justo es lo justo —solía decir.

En un par de ocasiones repartí textos sindicales para tratar de organizar un pequeño grupo de trabajadores, pero hasta ahí llegaba mi valentía.

—Eres la pintora de carteles más chapucera y mediocre con la que he tenido la desgracia de trabajar —me dijo el señor Frances—. Y todo el mundo lo sabe. ¿No es así?

Eso era lo peor, que él pretendía que yo se lo confirmara. Siempre buscaba lo mismo.

—No lo sé —respondí.

—Claro que lo sabes —dijo el señor Frances.

Llevé mis pinceles al fregadero para enjuagarlos en un frasco de aguarrás.

—Lo sabes perfectamente —dijo.

Los demás dejaron de hablar. Me limpié las manos con una toalla. Tendría que haberme dado la vuelta, pero no lo hice. Todos me estaban esperando.

—Lo sé —dije.

¿Qué más daba si me despedía? Me estaban mirando, mis compañeros, pero todos ellos hubieran hecho exactamente lo mismo.

—Vete a casa con tu pobre marido, que te tiene que aguantar —dijo el señor Frances.

Me puse la chaqueta y me fui. Pensé en Joe durante el paseo de regreso a casa. En mi cabeza, trataba de justificarme, intentaba que todo sonara un poco mejor. La mayoría de mis días no eran tan malos como ese, pero lo único verdadero y dulce al final de cada uno de ellos era Joe.

No me detuve a hablar con los demás cuando abrí la puerta. Atravesé el pasillo sin detenerme y me cambié la ropa, que olía a aguarrás. Esperé, sentada en la cama, y cuando Joe entró,

cansado y manchado de tinta, tuvo que escucharme hablar sobre mi día.

—Un hombre no se comporta así por dinero —dije—. Lo hace para menospreciar a los demás. No lo puede evitar. ¿Crees que es el instinto humano?

—Por supuesto —contestó Joe—. Pero podemos superar esos instintos. Somos animales bien adiestrados, no vamos por ahí restregándonos con las mujeres de los demás.

Al día siguiente también tenía que ir a trabajar. Joe puso su mano en mi rodilla mientras hablábamos. Me recliné sobre él, sobre la fortaleza amplia de su pecho.

—He puesto demasiadas cosas en peligro, ¿verdad? —dije—. No tiene buena pinta.

Pero la despreocupación me embargó, a mí y a todos los demás, cuando, más tarde esa misma noche, Betsy decidió que teníamos que ir al bar clandestino que tanto le gustaba. Y ahí estaba, pocas horas después de mi día innombrable, cantando «Beautiful Dreamer» con ella en la barra. Tenía mejor voz que yo, pero yo aún podía afinar después de unas copas. «Out on the sea» —cantaba—, «mermaids are chanting the wild Lorelei».¹

En secreto, me encantaba esa canción. Joe y Forster estaban hablando cerca de nosotros. Forster no paraba de repetir que Goya era el dibujante más excelente de todos los tiempos.

—¡No! ¡Rembrandt! —dije yo.

La ginebra te hace sentir muy segura de ciertas opiniones. No quería discutir con Forster ni contradecirlo.

—Me gusta Rembrandt —dijo de nuevo, aunque con una voz más suave y algo ridícula.

1 «Mar adentro, las sirenas cantan a la indómita Lorelei». Balada compuesta por Stephen C. Foster en 1864. [N. del T.]

—Nadie puede superar los grabados de Goya sobre la guerra. Es Goya —dijo Dorothy.

—¿Y el leproso? —dije—. ¿Qué me decís de lo que hizo Rembrandt con Cristo curando al leproso?

—Madre mía —contestó Betsy—. Qué ideas más retorcidas tenéis sobre la belleza.

—*Hermosas soñadoras* —tarareó Joe—. *Las reinas de la canción.*

—Me juego lo que sea a que sabes cantar —dijo Betsy.

—Canto como un sapo medio muerto.

—Los sapos tienen voces potentes —añadió Dorothy—. Tanto como los grillos.

Pensaba que Joe les caía a todos mejor que yo. Incluso a mí me caía mejor Joe que yo misma. Sabía llevar mejor las conversaciones, era más gracioso, llamaba más la atención y, además, era agradable de manera uniforme. Se puso a tararear una versión con voz de sapo de «Beautiful Dreamer» y luego «Swanee River». ¿Estaba Dorothy enamorada de él? Probablemente no. A veces coqueteaba con otros, pero amaba a Forster.

—Algunos sapos pueden llegar a inflar su saco vocal hasta que alcanza el tamaño de su propia cabeza —dijo Forster.

—Solo alguien como tú sabría ese dato —dije.

Después de las navidades, cuando el frío empezó a calarnos los huesos, fui yo la que acabó encargándose de sacar a pasear al perro cuando noté que Richard ni siquiera iba a molestarse, y me solía encontrar con Forster en Washington Square. Tenía un banco favorito bajo los ginkgos en el lado sur. Como al perro, le gustaba estar al aire libre.

—¿No tienes frío aquí sentado? —pregunté.

Bakunin, el perro, husmeaba los zapatos de Forster. Era domingo por la mañana y no había muchos humanos a nuestro alrededor.

—No me molesta —dijo—. Dorothy dice que soy insensible al clima.

—En el Tíbet hay lamas que, en invierno, se sientan desnudos a la intemperie —dijo—. Se ralentizan, creo.

—Me temo que yo no soy un monje —dijo él.

—Me parece bien —dijo—. No me decepciona.

Forster esbozó una sonrisa. Era más callado que el resto; había que esforzarse para hablar con él.

—Ya he tenido suficientes religiosos en mi vida —dijo.

—Dorothy tiene una vena religiosa —dijo él—. Aunque confieso que para mí no son más que supersticiones.

Bakunin le ladró a una ardilla y yo dejé caer la correa. Nunca atrapaba a ninguna, pero se sentía importante al perseguirlas. Lo vimos dar brincos al tronco de un sicomoro, sorprendiéndose a cada intento de no poder trepar el árbol con sus saltos. Al final, como consolación, se fue a husmear a un hombre que dormía en un banco cercano.

—¡Bakunin! —dijo—. Deja a ese hombre en paz.

El perro gimoteaba.

—No —añadí—. No se va a despertar para jugar contigo.

Nos llegó un aullido del perro, un sonido que nunca antes había oído, como una sirena temblorosa y prolongada. ¿O era el hombre el que aullaba? No era el hombre. No se movía. Probablemente tenía demasiado frío como para moverse.

—Voy a por Bakunin —dijo Forster.

Lo acompañé. El hombre se había envuelto hasta la cabeza con un abrigo mugriento. Estaba tumbado de lado sobre el banco, con los pies colgando del borde; unos pies descalzos, grises por la suciedad. ¿Qué clase de ciudad permite que un hombre ande descalzo a menos diez grados bajo cero? Incluso la piel resquebrajada de sus talones parecía estar hecha de piedra. Forster le tocó el hombro al señor (muy amablemente, pensé) y dijo:

—Disculpe. Disculpe.

Estuve a punto de decir: «¡Qué publicidad tan buena contra el alcohol!». Pero no era una broma que quisiera que el hombre oyera. Cualquiera persona que duerma en la calle durante el invierno está más allá de la desesperación. Forster se inclinó hacia él, tratando de ver el semblante que se escondía bajo el abrigo.

—¿Te quedarías aquí —me preguntó Forster— mientras busco a un policía?

—¿Le pasa algo? —pregunté.

—No —dijo Forster—. No te puede hacer daño, no te preocupes.

Yo misma me fijé en su rostro. Una boca desolada, unos ojos vacíos. Cuando creces en una familia parroquial, sabes qué aspecto tienen los muertos. Emití un pequeño e inútil chillido, y luego dije:

—Corre.

Una vez que Forster se fue, me preocupó que no hubiera revisado más de cerca al hombre. ¿Y si el señor solo estaba enfermo y congelado, y había algo que pudiera hacer ahora mismo para ayudarlo? Empecé a frotarle los pies descalzos, para calentarlos. Los notaba tiesos bajo mis guantes, pero los pies siempre están tiesos. Era horrible pensar que podía estar molestando a un muerto con mis toqueteos, pero seguí haciéndolo. Pensé en Dorothy, que se había formado como enfermera durante la guerra y quizá sabría qué hacer en una situación así.

Le dije al cuerpo: «No pasa nada, no pasa nada». La cabeza tenía el pelo apelmazado y un diente roto asomaba por encima del labio. Debía quedarme donde Forster me había dejado, pero me daba miedo el hombre como cadáver y me daba miedo el hombre como ser vivo, por si se despertaba y resultaba ser peligroso. Y luego me dio vergüenza estar tan preocupada por

mis propios sentimientos mientras estaba junto a un hombre al borde la muerte.

Y los pies. No dejé que el perro se los oliera, le apartaba el hocico todo el rato. Sabía perfectamente que se trataban de los pies de Cristo, aunque ya no creyera en nada de eso de forma literal. ¿Cómo podría ignorarlo? Yo seguía diciendo «No pasa nada» y frotando sus pies descalzos cuando llegó Forster con un policía.

—Por favor, señorita, sujete al perro —dijo el policía.

Luego hizo todo lo que Forster y yo tendríamos que haber hecho. Colocó su mano debajo de las fosas nasales para sentir el aire tibio de los pulmones, tomó la muñeca donde debía sentirse el pulso, rebuscó bajo la camisa del hombre para encontrar su corazón.

—¿Es grave? —preguntó Forster.

—Todo lo grave que puede ser —respondió—. Pueden irse. Gracias. Muchas gracias.

Estuve a punto de decir: «Qué descanse en paz», pero no lo hice, porque no quería que Forster pensara que era boba. Lo seguí por el sendero.

—¿No te parece todo demasiado ruidoso aquí fuera, de repente? —pregunté—. Como si hubiéramos estado en otro lugar.

—Sí —dijo Forster—. Todavía no he regresado del todo.

Estábamos en uno de los extremos del parque, en mitad del frío. Todo era demasiado vívido después de ese rato que habíamos pasado tratando de adivinar cuánto se había adentrado ese hombre en lo desconocido. El silencio nos seguía rondando la cabeza. Caminamos sin hablar, algo que agradecí. Qué pequeños e insustanciales nos parecían los escaparates, qué infantil. ¿Para qué necesitaba alguien un sombrero de fieltro?

Frente a mi edificio, Forster dijo:

—Busca un lugar donde estar sola, si puedes.

—Me habría gustado que hubiéramos llegado antes para ayudarlo —dije.

—Eso es lo que me enfurece —dijo—. A nadie le importa un hombre en esas condiciones.

Colocó su mano sobre mi hombro. Me daba miedo tocarlo con mis guantes, que a su vez habían tocado los pies de un muerto, así que incliné ligeramente la cabeza.

Unos días después, Dorothy me dijo que había estado rezando por el alma de ese señor.

—¿Qué tipo de oraciones? —pregunté.

Estábamos en un rincón de un salón bullicioso y agradablemente repleto en el que transcurría una fiesta. Dorothy tenía un cigarrillo en la mano.

—Rezo para que vaya al cielo. ¿Qué otra cosa podía pedir? Y le di algo al sacerdote de Santa Guadalupe para que lo incluyera en sus plegarias.

Dorothy, que era tan pobre como un ratoncito en una iglesia, ¿se gastaba el dinero en eso?

—Nos lo inculcaron desde pequeñas, ¿eh?

—En realidad, a mí no —dijo—. Simplemente me gusta entrar en las iglesias. Desde hace años. Sobre todo a las católicas. Voy cuando es muy tarde, ya de noche, después de salir por ahí; me gusta entrar y encender unas velas. Pero no solo de noche. Y me he dado cuenta de que tengo la tendencia a rezar en silencio. No me preguntes a quién le rezo. No lo he decidido.

Todo esto fue una gran sorpresa. Yo no consideraba que rezar fuera cosa de dementes —de hecho, mi familia rezaba constantemente—, pero sí que había dejado atrás todo eso. En Filadelfia había ido a reuniones (y manifestaciones) con trabajadores en cuyos panfletos se leía JESÚS SALVA A LOS ESCLAVOS, por no mencionar los que decían CONFÍA EN EL SEÑOR Y DORMIRÁS EN LA CALLE.

Dorothy tenía que haber oído esos eslóganes antes. De alguna manera, se ganaba la vida escribiendo y había escrito artículos para revistas de ideología radical durante años.

—Las personas dan lo mejor de sí cuando se entregan a la devoción —dijo Dorothy—. A veces voy andando desde la playa hasta la ciudad con mi rosario en el bolsillo. No creo que importe si me sé o no cada palabra de las oraciones.

«¿Habrá perdido la cabeza?», pensé. Y me di cuenta de que quería que así fuera. Sentí una extraña alegría al valorar la posibilidad de que no fuera la persona ideal para Forster. Sabía lo que ese pensamiento significaba. (¿Acaso no tenía yo un marido al que amaba? Y tanto que sí). Pero mis pensamientos eran asunto mío. No todo deseo involuntario debe realizarse. «Los pensamientos son libres», pensé. Era el refrán de una canción alemana que coreábamos en las reuniones: «Ningún hombre lo puede negar: *Die Gedanken sind frei*».

Dorothy estaba intentando coger un pedazo de fruta del vaso vacío donde se había servido una sangría. Lo que le daba un toque que rozaba lo lunático a las plegarias de Dorothy era su naturaleza improvisada, que hacían que sonaran como si se las hubiera inventado. Dorothy era una persona sensible y muy original. Si quería andar por ahí entonando mentalmente oraciones al vacío, problema suyo, era libre de hacerlo.

En la fiesta, alguien puso en el tocadiscos «My Baby Just Cares for Me» y Joe vino a pedirme que bailáramos un foxtrot suave, sin sacudir tanto las piernas. Forster no estaba por ningún lado (no le gustaban las fiestas) y Dorothy consiguió que Richard bailara con ella. No paró de hablar mientras bailaba en esa sala llena de humo, con su cabello corto y brillante bajo la luz, y parecía una más de nosotros, siguiendo el compás, concentrada en lo que hacía.

¿Podía alguien que amaba la libertad por encima de todas las cosas creer en una institución históricamente corrupta, sobredimensionada y voraz como la Iglesia católica? Joe y yo hablamos mucho al respecto. Dorothy ni siquiera había nacido en un hogar católico, pero si estaba en su naturaleza y era su propia elección amar a la Iglesia, ¿entonces qué?

—Lo que me da escalofríos es la ilusión —dijo Joe.

Se refería a la divinidad. La de Cristo o la de cualquiera. ¿No podías oponerte a la sumisión —yo no pensaba arrodillarme a rezar nunca más— y a la vez ser receptivo a aquello que Dorothy solía llamar «lo invisible»?

—No creo que sea posible —dijo Joe—. Dime una religión en la que la gente no tenga que hacer reverencias.

No tenía interés en ponerme a reflexionar sobre ello ahora que me había ido de la casa de mi padre. No hacía falta que tuviera una opinión al respecto, no con la vida que llevaba. Pero notaba lo iluminada que parecía Dorothy, lo feliz que era con sus retazos de la liturgia, lo removida y decidida, lo sedienta que estaba. Si seguía por ese camino, empezaría a considerarnos a todos unos superficiales. Aunque teníamos nuestras propias creencias, nuestras esperanzas de poder derrumbar las idioteces del pasado.

—Piensa que somos la nada —dijo Joe.

—No seas tan egoísta —dije—. Ese no es el problema.

Aunque yo también estaba dolida de pensar que Dorothy podría abandonarnos.

Joe y yo teníamos la intención de ir a la casita de Dorothy en Staten Island, pero no lo hicimos hasta que llegó el punto más álgido del verano, cuando Manhattan era un horno y la playa

nos parecía un lugar fresco y deslumbrante. Corrimos por la arena con nuestros bañadores, chillando cuando las olas nos alcanzaban. Cuando llegamos, Forster se había ido a pescar, pero el hermano de Dorothy, John, que tenía doce años y se estaba quedando en su casa, se zambullía sin miedo entre las olas y no paraba de provocar a su hermana, sacando la cabeza del agua justo por debajo de sus piernas. Joe hacía como que la rescataba y la sacaba a rastras del mar.

—Todos los miembros familia Day son buenos nadadores —dijo, mientras pataleaba y trataba de zafarse de Joe.

En ese momento no sabía que Dorothy estaba embarazada.

Tenía un aspecto muy esbelto con la túnica sin mangas y el estrecho bañador. Yo era más baja y rellenita, y me sentía más expuesta, carnosa, aunque me olvidé de aquello gracias a la soltura de los demás. Nos secamos sentados en el porche mientras comíamos arándanos del jardín. La casa propiamente dicha era un reguero de especímenes que había traído Forster —cápsulas de los huevos de las mantarrayas, calaveras de animales pequeños, nidos de aves, el caparazón de una tortuga enorme— y la mesa de la cocina estaba repleta de páginas de una saga romántica que Dorothy estaba escribiendo para un periódico. Envidiaba sus vidas en esa casita.

Forster llegó a tiempo para la cena, bronceado y despeinado por el viaje en barco y más callado que nunca. Había pescado un cazón, que parecía un pequeño tiburón. Dorothy nos contó que nadie en la zona se los comía, pero un vecino italiano les había dicho que en Italia eran considerados un manjar. Así que Dorothy puso a freír unos pedazos en mantequilla, y nos los comimos con patatas y ensalada de repollo. Tenía un sabor fuerte, pero estaba bueno.

—Oh —dijo Forster—, lo único que tuve que hacer fue cortar la parte venenosa mientras lo hacía filetes.

Pensé que lo decía en broma, pero resultó que no.

—Vera, cariño, no te pongas nerviosa —me dijo Joe, así que decidí tranquilizarme.

Todos creían que Forster sabía lo que hacía, y probablemente yo también lo creía. Dorothy y él vivían con casi nada, y parecían estar más sanos y contentos que todos nosotros.

Dorothy me dio la noticia mientras limpiábamos la cocina:

—¿No te has dado cuenta de lo magnífica que estoy? —dijo—. Estoy casi de dos semanas. Cada mañana doy las gracias.

Sabía que había tenido un aborto cuando era más joven y que había sufrido por ello. Y el tipo la había dejado después. Tampoco es que aquello fuera un secreto. De hecho, habían publicado una novela que escribió sobre el asunto —*La onceava virgen*, de Dorothy Day— y los derechos para llevarla al cine habían costado esa casita en la playa, aunque la película nunca se llegó a grabar. Dorothy era tan sincera que no se tomaba la molestia de ocultarle nada a nadie.

—Me pareció que Forster estaba un poco inquieto —dije—. Ahora lo entiendo.

—Forster se acostumbrará —dijo ella—. Piensa que vivimos en un mundo horrible y que no deberíamos sumarle más población.

—Es un mundo horrible —respondí—, pero todo irá bien.

Me refería a que Forster se quedaría junto a ella. Dorothy tampoco parecía dudarlo. Ya tenía veintiocho años.

—Le enseñará a pescar al bebé —dije—. Será el único bebé capaz de pescar desde la orilla.

Lo que no le dije es que me daba un poco de pena Forster, a quien le habían ganado la partida, lo habían pillado desprevenido. La naturaleza es así. Lo único que él quería eran cosas simples: una vida con muchos espacios libres. Y ahora le daban más de lo que había pedido.

Pero así funcionan las parejas. En eso pensaba mientras me acostaba junto a Joe en nuestra pequeña habitación al final del pasillo. Joe estaba hablando sobre los pescadores, sobre cómo nunca tienen que fichar en el trabajo, con razón le gustaba tanto a Forster. Por eso mismo Vanzetti no tenía pruebas de haber estado trabajando la noche del robo en Braintree, estaba vendiendo pescado. ¿Puedes lograr que una langosta testifique que nunca disparaste un arma? ¿Encontrarían a una anguila que jure que no ha sido él?

No pasaba nada. Podría haberme casado con un hombre que hablara de cosas que me interesaran mucho menos.

—Qué silencio hay aquí por las noches —dijo Joe—. En casa las calles son un hervidero, ¿no te parece?

—La mayoría, sí —dije.

—Y crueles. Nos va igual de mal que a la India —dijo Joe—. Solo que ellos son más.

—Dentro de poco podríamos ser tantos como ellos —dije—. En menos de un minuto. ¿Sabías que la madre de Margaret Sanger tuvo dieciocho embarazos y once partos? A nadie le interesa que los pobres consigan anticonceptivos.

Nosotros usábamos anticonceptivos. Lo que más odiaba en el mundo era tener que comprar productos de higiene femenina, como esponjas o pastillas efervescentes. Me quedaba esperando a que una mujer atendiera el mostrador de la farmacia y entonces pedía lo que necesitaba entre susurros. Esos productos eran demasiado explícitos, como versiones artificiales de procesos naturales íntimos. Estaba convencida de que era inmoral que esos productos fueran fabricados con fines lucrativos y se vendieran en las tiendas.

Estaba reflexionando sobre el sistema capitalista entrando en contacto íntimo con mis tejidos mientras sacaba el envase de mi maleta y caminaba por el pasillo en dirección al baño para

colocar ese gel industrial en mi interior. Intenté hacerlo rápido, así Joe no tenía que esperar demasiado, pero una cierta modestia me impedía hacerlo en la misma habitación.

—Es ridículo que tengamos que usar químicos para hacer el amor con libertad —le dije a Joe mientras volvía a la cama—. Me hace odiar a la naturaleza.

—No le diré a la naturaleza lo que acabas de decir —repuso Joe.

—Odio que la procreación tenga siquiera algo que ver con el sexo —dije—. ¿A quién se le ocurrió? ¿Qué sentido tiene?

—Nadie nos pidió que opináramos —dijo Joe.

—Hay demasiados bebés. Nacen todos los días y nadie los cuida y nadie hace nada al respecto.

—No diría que nadie hace nada —dijo él.

—Tú nunca has estado en la India —dije—. No has visto todos los bebés que hay allí.

Yo tampoco había visto todos los bebés que hay en la India, como bien sabía Joe. Tenía recuerdos de filas de madres y niños (más pequeños que yo) durmiendo en una calle estrecha, enroscados en mantas, cómodamente, como si estuvieran de visita en la casa de un pariente. Mi padre nos hacía pasar entre ellos con rapidez.

¿Por qué me había puesto a hablar sobre esto justo ahora? Dorothy había sido tan elocuente sobre lo feliz que se sentía, y aquí estaba yo quejándome del exceso de nacimientos. Estaba en una casa con un jardín lleno de capuchinas y calabazas verdes, rodeada de un pulcro olor a sal, y los sapos y los grillos retumbaban en la ventana, y yo tan enfadada con la naturaleza.

—En agosto, en Manhattan hace tanto calor como en la India —dije.

Me lo había inventado, pero en ese momento me abalancé sobre Joe, así que no tuvo la necesidad de responderme.

Al día siguiente, fuimos todos juntos a dar un paseo por la orilla del mar con Forster. Nos señaló un cangrejo herradura, que parecía un casco de hierro con una bayoneta atada.

—Son fósiles vivientes —dijo—. No han cambiado en trescientos millones de años.

Pensé que el bicho estaba muerto, pero John, el hermano de Dorothy, le dio un toquecito con un palo de madera y se movió levemente en la arena.

—¿Muerden? —pregunté.

—No, nunca —dijo Dorothy.

—Tienen la boca en la parte inferior de su cuerpo —dijo Forster—, por lo que no puede morderte a menos que lo cojas del suelo.

—No parece un animal —señaló Joe—. Más bien parece un cenicero con patas.

—Forster dice que pueden vivir hasta los treinta años —dijo John—. Pero no tienen crías hasta los once.

—Sabe muchas cosas este tal Forster —dije.

—Ahora veo muchas cosas como esta en la playa de manera mucho más clara gracias a Forster —dijo Dorothy.

—Por lo que veo, es el hombre adecuado si estás junto al mar —dije y Forster miró hacia otro lado.

—Así es —dijo Dorothy.

—Dorothy tiene una vista excelente —dijo Forster.

Fue lo más tierno que le escuché decirle.

—¿Dónde has aprendido todas estas cosas? —pregunté—. Es impresionante.

Forster se encogió de hombros.

—Fue a la universidad de los moluscos —dijo Joe—. Como diploma, te dan una caballa. Deja una impresión duradera.

Cuando volvimos a casa, en Nueva York, Joe a veces imitaba a Forster y hacía como que levantaba un pedazo de cangrejo o un alga.

—Es muy, muy antigua —decía—. Su hedor es más antiguo que la humanidad.

Durante el otoño fui consciente de que los meses pasaban para Dorothy, sabía que ella creía estar sumergiéndose en una realidad más auténtica, convirtiéndose en una nave nodriza. Y la criatura tendría esa libertad dulce y algo desatendida que tenían los hijos de algunos de nuestros amigos. Si una hacía lo mejor posible para no interponerse a la naturaleza, ¿ella te recompensaría? Nuestros amigos más teóricos decían que la institución del Estado era algo «antinatural», como si fuera el peor insulto del mundo.

Forster iba a Staten Island todos los fines de semana, incluso cuando empezó a hacer frío. Betsy dijo que Dorothy estaba estupenda. Pero Richard nos informó de que Forster y Dorothy discutían mucho porque ella había empezado a ir andando al centro para asistir a misa por las mañanas. Lo hacía sobre todo cuando él no estaba, pero a él le horrorizaba la idea de todas maneras.

—¡Si ni siquiera es católica! —dijo Betsy—. Yo, si fuera ella, trataría de ocultarle el secretito de mis visitas a la iglesia. Mantendría la boca cerrada, eso es lo que haría. En un momento como este..., ¿a quién se le ocurre?

—Y él nunca estará de acuerdo —dijo Richard—. Estamos hablando de Forster. Y ella lo sabe perfectamente.

Dorothy carecía de esa visión práctica y cautelosa de las mujeres. Se parecía más a una profeta, no podía resistirse a la tentación de contar lo que veía. Mi padre, cuando era joven, había querido ir a predicar a la India porque (según mi madre) era incapaz de aguantarse la necesidad de explicar a los demás lo que había visto. Todos pensábamos que Dorothy retrocedía, y aun así había algo poético en ese movimiento.

—Está volviendo al Medioevo —dijo Norman.

La excentricidad religiosa de Dorothy tenía un efecto muy curioso sobre mí: me empujaba hacia una terquedad distinta. Empecé a acercarme más a mi marido, muy cerca (¿dónde estaría sin un marido así?, ¿cómo viviría?), y eso significaba ir a más reuniones. Tenían sus dosis de belleza esas reuniones, en especial las dedicados a Sacco y Vanzetti, donde el lenguaje se acercaba a los lamentos del luto, aunque ambos hombres, encarcelados y a la espera, todavía estaban vivos.

En diciembre, Dorothy volvió a mudarse a la ciudad junto a su hermana menor, Della, y Forster. Me caía bien Della, tenía la firmeza de Dorothy, pero era más tranquila y aniñada. Fue Della quien acompañó a Dorothy al hospital Bellevue cuando empezaron las contracciones. ¿Y Forster dónde estaba? Nadie parecía creer que hubiera siquiera pensado acercase al griterío y al reguero de sangre del parto. Pero todos estuvieron de acuerdo en que estaba completamente fascinado una vez que el bebé —una niña saludable— nació. Claro, ¿a quién no le gustan los bebés?

Cuando Joe y yo visitamos a Dorothy en su apartamento, Della tenía en brazos al bebé —una criatura tan diminuta que cabía en su antebrazo— mientras daba vueltas por el salón. Dorothy estaba tumbada en un sofá y Forster se había quedado cerca de la puerta. Era una habitación muy pequeña, con todos nosotros ahí entro.

—¿Quién habría dicho que yo tendría a una niña tan preciosa? —soltó Dorothy—. Pensé que daría a luz a un bichito retorcido que solo yo podría amar. No pensaréis que es demasiado guapa, ¿verdad?

—Sí, te has pasado de guapa, Dorothy —dijo Joe—. Yo que tú intentaría darle algo de comer para que se vuelva más normal.

Della la colocó en mis brazos, como si me hiciera un gran favor, pero yo no tenía tanto interés en cogerla como ellos pensaban.

Era regordeta y estaba húmeda, igual de dulce que mi hermanito cuando era un bebé, pero no la quería tan cerca de mí. Sabía perfectamente cómo se hacían los bebés, pero parecía darme miedo que fuera contagioso.

—Mirad cómo se acomoda —dijo Joe.

—Hola, hola, hola, Tamar Teresa. Hola, mi gordita pequeña —dijo Della.

Le pregunté a Forster cómo habían elegido los nombres y me miró con sorpresa.

—Fue obra de Dorothy —respondió.

—Qué tranquila es —dijo Joe.

El bebé se tomó el comentario como una indicación para empezar a lloriquear, y Dorothy se incorporó para quitármela de los brazos.

—Qué gordita eres, quieres más de comer otra vez, ¿verdad? —dijo.

Dorothy se inclinó y se puso de espaldas a nosotros para desabrocharse y darle la teta al bebé. ¡Dorothy era madre! Forster nos acompañó a la cocina y nos sirvió unos vasitos de brandi.

—Por el futuro que acaba de llegar —brindó Joe.

Y todos bebimos.

Cuando salimos, Joe me dijo:

—Me ha parecido que Forster estaba contento de verdad.

—A su manera —respondí.

—Le gusta ver a Dorothy tan contenta.

—Richard cree que el amor lo está atontando.

Todos nos disgustamos mucho cuando nos enteramos de que Dorothy se había hecho amiga de una monja en Staten Island y que había hecho bautizar a su hija en una iglesia cercana. Los vecinos fueron a la casa de playa después a celebrar con un banquete de langosta hervida y ensaladas, pero Forster, que había pescado las langostas, se fue antes de que llegaran los invitados.

—No tenía por qué aguarle la fiesta a Dorothy —dijo Betsy—. ¿Qué más le da si a ella ahora le gusta Jesús?

—Pero si es ella la que no para de hablar del tema —dije—. Y también es hija de él.

—Se fue por principios —dijo Richard—, no lo culpo.

*

Joe y yo nos unimos a un grupo en Union Square para intentar que la gente firmara una petición al gobernador de Massachusetts en la que le rogábamos que detuviera las ejecuciones de Sacco y Vanzetti. Caía una tenue lluvia veraniega y Joe y yo sosteníamos el paraguas por turnos para cubrirnos. Algunos firmaron y fueron amables. Unos chicos nos tiraron barro, que intentamos bloquear con nuestro paraguas (lo que hizo reír a todo el mundo). Joe creía que teníamos que tomárnoslo con humor.

Miré el panfleto con los retratos de Sacco y Vanzetti, los dos esposados juntos, la mirada al frente, distante; dos hombres amantes de la jardinería que cuidaban gatitos enfermos; dos hombres que, según sus vecinos, eran demasiado buenos para haber asesinado a sangre fría a otros dos trabajadores por el dinero de sus salarios. Probablemente. Mucha gente que conocía estaba segura de que incluso los principios más férreos debían ceder ante principios más grandes, que el sacrificio era necesario para conseguir un cambio radical, incluso sacrificar la piedad en favor de la violencia.

Yo me negaba a renunciar a la piedad, y pensaba que el antiguo anarquismo se había vuelto obsoleto. Lo importante del caso de Sacco y Vanzetti, además, era la malicia continuada del Gobierno. Me mojé, me entristecí y me desilusioné, tras horas de pie con nuestra petición. Con razón la gente como Forster jamás se ofrecía a hacer este tipo de cosas.

En realidad, desde mi punto de vista, Forster podría haberse quedado y comer uno o dos trozos de langosta después del bautismo. Con mantequilla derretida, pan caliente, lechuga crujiente de la huerta. Pensé que habría querido quedarse a comer, pero al final no pudo hacerlo. No sabía mentir por cortesía, ni siquiera podía hacerlo por amor.

*

Si Dorothy realmente pretendía unirse a la Iglesia, iba a tener que casarse por la iglesia. Sería el fin de ese cómodo concubinato en la casita de playa. Según Betsy, Dorothy se estaba metiendo en un callejón sin salida solo para intentar obedecer unos principios en los que ni siquiera creía. Yo casi no conocía a ningún católico, al menos a nadie cercano, y creo que Dorothy tampoco conocía a ninguno.

A veces, cuando estaba sola, rezaba, algo que Joe no sabía de mí. No rezaba a ninguna deidad en específico. Me conformaba con postrarme ante quien fuera que administrara el universo, pero a veces pedía ayuda o rogaba piedad. Y ante momentos de gran dulzura, me decía: «Gracias por haberme dado esto». Después de que Joe y yo nos casáramos, cuando nos quedamos a solas, después de la fiesta, en una habitación de hotel con molduras de yeso que imitaban guirnaldas enroscadas en el techo, me lo dije en mi interior.

Nosotros ni siquiera queríamos estar casados, ¿no es cierto? Pero tuvimos que hacer nuestra propia concesión, nos habíamos entregado a algo que habíamos decidido que no era tan importante. Resultó que éramos esa clase de personas. A veces.

Forster abandonaba a Dorothy y luego regresaba. Esta situación se alargó durante meses y meses. ¿Qué pretendía yo que hiciera?

Era horrible para una mujer con un bebé tener que soportar todo esto. ¿Acaso no quería que Dorothy se quedara con él? También era duro para él soportar el tema de Jesús todo el tiempo. ¿Quería que él buscara consuelo en mis brazos? Ni siquiera en sueños me permitía pensar en abandonar a Joe. En mis fantasías tenía un romance tórrido con Forster, nuestros cuerpos en constante vibración hacían un descubrimiento maravilloso tras otro. Pero mi mente no dejaba de preguntarse dónde podríamos tener esa exquisita aventura. ¿Seguía Della en el apartamento cuando Dorothy no estaba? ¿O es que se habían mudado? ¿Podía permitirse vivir él solo con unos ingresos tan pequeños? Podía prever con total claridad cada uno de los pasos que daríamos hasta acostarnos; las dudas, los arrebatos, las ráfagas de sinceridad. Pero no se me ocurría qué cama usaríamos. Mi naturaleza pragmática volvía acuciante el asunto.

No tenía ninguna razón para pensar que Forster se sentía atraído hacia mí. Algunas veces había notado algún chispazo, pero no pensaba que fueran tan claros como para tomar cartas en el asunto. La pregunta más profunda, que no era una pregunta sino más bien algo que nublaba mis pensamientos, era qué diría de mí el hecho de engañar a alguien como Joe. Incluso si nunca llegaba a enterarse.

Y aun así, me seguía rondando la mente. Quizá no sería algo tan extraño para alguien como yo. ¿Cómo saber de qué manera me comportaría ante una prueba semejante? Mi madre solía decir que la India había puesto a prueba su fe. Era un lugar caluroso y aterrador, pero Jesús seguía ahí. Una vez le dije a Joe que la India me había hecho encontrar mi propia fe. Me refería a los leprosos. Estaba en un carruaje tirado por caballos en la calle con nuestra criada cuando se nos acercó uno, con su piel quebradiza y sus manchas claras y oscuras, cojeando con su bastón porque había perdido un pie. Había oído hablar de los leprosos

en la Biblia. Tenía un tarro para las limosnas atado al cuello con una cuerda, pero la criada apuró a los caballos para alejarnos. En casa quise que mi madre lo encontrara y le diera todas mis monedas. Pobre de mi madre, monté una pataleta enorme cuando me dijo que no lo haría. Joe me dijo que Emma Goldman solía contar que se había convertido en anarquista después de ver cómo castigaban a un mendigo con un látigo cuando era una niña, en Rusia. Lo que pensé fue: «Si no persigues un ideal, el horror te carcome».

*

Joe creía firmemente en usar las bibliotecas públicas. Íbamos de camino a la de Ottendorfer un sábado cuando nos topamos con Forster por la calle. Ya era octubre y él tenía buen aspecto —algo delgado, pero siempre fue delgado— y nos dijo:

—Esta es la mejor estación del año en Nueva York, ¿verdad?

Se me ocurrió que era un comentario alegre y, de hecho, era verdad que el cielo tenía un azul profundo muy especial.

—Debe de ser un día precioso en la costa —dijo Joe.

—Lo sería, si pudiéramos volver a nuestra vida sencilla, pero no podemos —dijo Forster—. Cuando salgo a pescar, Dorothy recibe visitas de la monja. La mujer huye despavorida si llega cuando todavía estoy en casa.

—¿La hermana va a darle clases a Dorothy? —pregunté.

—Oh, sí, por supuesto —dijo él—. A menudo.

—¿Y cómo está el bebé? —preguntó Joe—. ¿Todo bien?

—Tamar está genial —dijo—. Ha aprendido a graznarle a las gaviotas.

—Quizá las gaviotas la entienden —dijo Joe.

—Apuesto a que tú sí que puedes comunicarte con las gaviotas —le dije a Forster—. Con todo lo que sabes...

—¿Quién querría hablarles? —dijo Joe—. Si no paran de quejarse, esas gaviotas.

—Por lo menos no le rezan ni se arrodillan ante ídolos y estatuas —dije—. Las gaviotas no tienen pinta de ser apostólicas romanas.

—Qué cosas dices... —repuso Joe.

—¿Crees que insulto a las gaviotas comparándolas con los católicos? —pregunté.

—Ay, Vera —dijo Joe—. Basta de tonterías.

Era cierto que hablaba como si fuera otra persona. Estaba intentando demostrarle a Forster, sin mucho resultado, que estaba de su lado. Y tampoco era una forma de hablar que a Forster le gustara demasiado.

—Las palomas son papistas —dije—. Mueven la cabeza arriba y abajo.

—Ella todavía reza cuando vamos a visitar a su familia —dijo Joe, refiriéndose mí.

—Solo algunas veces —aclaré.

Forster debió de pensar que las mujeres éramos unas memas.

Me sentí tan expuesta y tan absurda después. ¿Iba a empezar a decir estupideces adulatorias cada vez que viera a Forster? ¿Acaso estaba perdidamente enamorada? No tenía el menor respeto por ese tipo de sumisión. No se correspondía con nada de las cosas en las que creía o que me interesaban. No quería vivir engañada. Quería vivir bajo esa gran pregunta que el anarquismo hacía al mundo: «¿No puedes hacerlo mejor?».

Intenté disciplinarme en secreto. Cada vez que pensaba en Forster, separaba dos centavos para dárselos a Joe, quien estaba intentando ahorrar para que pudiéramos alquilar nuestro propia casa. Pensé que Joe se alegraría si me involucraba más, y

sabía que podía vivir sin comprar medias de seda con las monedas que iba acaparando. Pero tenía demasiados pensamientos ilícitos como para llevar la cuenta, y cuando lo lograba me resultaba deprimente. Así que redondeé la suma a un dólar, que luego le daba a Joe al final de la semana.

—¿Qué es esto? —me preguntaba, sorprendido—. No hace falta.

Pero igualmente se lo quedaba.

En agosto de 1927, Sacco y Vanzetti fueron ejecutados en la silla eléctrica, y la persona que lo sufrió más de todos nosotros fue Forster. Estaba en Staten Island con Dorothy, y pasó días sin probar bocado ni hablar con nadie. Se sentaba en su bote de pesca en la bahía, aturdido por la desesperación. Algunas noches incluso dormía en la playa. Esto nos lo contó Norman, que a su vez lo escuchó de un vecino. Según el vecino, a pesar de todo seguía con ganas de jugar con el bebé.

¿Pero acaso no sabía Forster cómo eran los seres humanos? ¿No había visto durante toda su vida cómo se comportaban?

—Si se hubiera criado en la India —dije—, nada de esto le sorprendería.

—Tiene buen corazón, pero necesita endurecerse —dijo Joe.

—No es débil —dije—. ¿Por qué piensas que es débil?

—Le vendría mejor enfurecerse —dijo Joe—. Justamente es eso lo que no paramos de decirle a la gente.

—Bueno, pero no digas que es débil —dije—. Eso es todo lo que digo.

—¿Ah, sí? —dijo Joe—. Entonces puedes dejar de repetirlo.

En noviembre, Dorothy y Forster tuvieron otra gran pelea a causa de los lugares a los que la fe la estaba conduciendo, y él la abandonó de nuevo. Me costaba creer que hubiera pasado la

noche a la intemperie en la playa con el invierno a la vuelta de la esquina. Cuando quiso volver, Dorothy no lo dejó entrar. Cerró la puerta con llave. Era difícil imaginarse a esos dos en medio de semejante drama. Gente que nunca gritaba en la vida cotidiana, ahora reducida a los pesares de una guerra religiosa. El día siguiente ella cogió el tren a Manhattan, dejó al bebé al cuidado de su hermana y se encaminó a la iglesia en Staten Island para que la bautizaran. Lo hizo todo sola, con la única compañía de su amiga monja, que hizo de madrina. Nos enteramos de todo esto gracias a Norman, que tenía un amigo que se llevaba muy bien con Della.

—Espero que sea feliz —dijo Richard, con sorna.

—A mí me da pena él —añadió Norman—. Ha perdido el pulso con Jesús.

—Te apuesto lo que quieras a que encontrará a otro —dijo Richard.

—¿Cómo va a encontrar a alguien mejor que Forster? —pregunté.

—En realidad ya lo ha hecho, ¿no? —contestó Norman.

—Han tenido un bebé juntos —dijo Betsy—. Es muy cruel.

—Oh, no os preocupéis por él. Saldrá bien parado —dijo Joe.

Poco tiempo después, vi a Dorothy empujando el cochecito por Washington Square. Era invierno otra vez, el parque estaba mustio y hacía viento, y el bebé, ya bastante grande, prácticamente no se veía debajo de todas las mantas de lana y el gorrito tejido a mano. Su carita rosada exhibía dos ojos cerrados y una enorme papada.

—Se la ve calentita —dije.

—Por eso estamos aquí, hace demasiado frío en la playa —respondió Dorothy—. Forster solía cortar leña para la estufa, pero yo no puedo ocuparme de todo eso.

—Claro, ¿cómo ibas a poder?

—Forster era un gran leñador. Solía recoger una buena cantidad de madera de la playa, me duraba toda la semana.

—Seguro que os echa de menos a las dos.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó—. ¿Has hablado con él?

—No, pero Richard sí. Creo que está bien.

—Siempre está bien, tiene una salud de hierro. ¿Y preguntó por mí? Da igual, olvida lo que te acabo de decir.

—Richard no dijo nada. Forster siempre ha sido muy reservado, de todos modos. Ya sabes. Nunca le ha gustado hablar.

—Piensa que todos los demás hablan demasiado.

—A lo mejor tiene razón.

El viento le estaba agitando el cabello bajo el sombrero.

—Creo que estás enamorada de él.

—¿Cómo? —dije—. No, para nada. No de esa forma. No.

«Lo saben todos», pensé. Hay menos secretos en el mundo de lo que la gente piensa.

—Casi prefiero no saberlo —dijo Dorothy—. Te estoy obligando a mentir. Es una pérdida de tiempo.

—Estás equivocada. Te lo aseguro.

—Además, mentirme arruinaría nuestra amistad —dijo—. Perdón, lo estoy complicando todo.

—No, no.

—Olvidalo —me pidió Dorothy—. No importa.

Ambas nos quedamos ahí paradas, en medio de la incomodidad. «Tiene que amar mucho a Cristo —pensé—, para abandonar así a Forster». Nuestro Forster. No supe qué más decir, todo lo que se me ocurrían eran mentiras

Por debajo de nosotras, Tamar estornudó suavemente. Se despertó con una mueca de disgusto.

—¿Estás pensando en ponerte a llorar? —le preguntó Dorothy, inclinándose hacia ella—. Piénsalo mejor.

—Qué grande está —dije—. Es tan bonita.

—Cada día está más grande —dijo Dorothy—. Me cuesta seguirle el ritmo.

Durante ese invierno, me sorprendió mi propia disposición a sacar a pasear al perro sin importar el tiempo que hiciese. A Bakunin le daba igual cuántas veces lo hacía pasar por el mismo banco bajo el mismo ginkgo para ver si Forster estaba ahí. A los perros les gusta la repetición, no sienten su futilidad.

Durante las vacaciones, cuando Joe y yo íbamos a fiestas, buscaba a Forster, pero solo lo vi en una ocasión. En Nochevieja, una de las amigas de Betsy organizó un baile de máscaras en su piso. Joe y yo fuimos de perro y gato, con unos calcetines que hacían de orejas. Cuando entramos, vi a Forster apoyado sobre la pared en un rincón, pero cuando fui a hablar con él ya se había ido. ¿Desde cuándo le gustaban las fiestas? Antes solo iba para acompañar a Dorothy.

Al día siguiente, Joe y yo nos quedamos sentados en la gran cocina del apartamento, sin hacer nada, tratando de curar la resaca con dos tazas de café negro mientras los demás dormían.

—Todos disfrutaron de la fiesta menos Forster —dijo Joe—. ¿A quién se le ocurre ir a una fiesta de disfraces con ropa de calle?

—Bueno, él es así.

—A ti te parece que va tan digno con su vieja chaqueta, ese trapillo que siempre lleva puesto —dijo Joe.

Exactamente. Había dado en el clavo.

—Lo que pasa con Forster —dije— es que está convencido de estar por encima de todo. —¿Me estaba escuchando Joe o no?, pensé—. Creo que tiene que superarlo.

—¿Tú crees?

—Tiene una imagen demasiado buena de sí mismo —añadí—. Ya sabes a lo que me refiero... Ese gesto de desdén que tiene.

Joe asentía. Era exasperante verlo.

—Pero la gente como él cambia. Puede mejorar —dije—, en algún momento.

Sentí que un poco de condescendencia ayudaría a la conversación.

—¿Te parece?

—Totalmente.

—Bueno —dijo Joe, como si me creyera, como si ahora estuviera más tranquilo. Y quizá lo estuvo. Por un segundo. Él quería que yo le diera la razón, ¿por qué habría seguido preguntando si no? Le dio un sorbo al café.

¿Y yo qué era? ¿Qué cosas me negaba yo a decir? Nadie me había puesto un cuchillo al cuello para que traicionara a Forster, pero de todos modos lo hice, hablé mal de él. Sin importar lo mucho que lo quería. Tranquilité a mi valioso marido con acusaciones. Observé la cocina y pensé que esa escena siempre se repetiría y yo estaría en el mismo lugar. Una puerta de la despensa abierta, una lata de té negro dentro, la cocina a gas llena de grasa y, a su lado, una caja de cerillas roja y blanca. Odiaba todos los elementos de esa escena. Y la vería de nuevo mañana, y al día siguiente.

—Vamos a salir un rato —dijo Joe—. Necesitamos caminar.

Y se acercó para abrazarme mientras me levantaba. Nos quedamos así, recostados uno sobre el otro, en un largo y silencioso abrazo marital, como si nos entendiéramos demasiado bien. Para mí no fue un momento tranquilizador.

No podía parar de pensar en Forster, con su tierno estrabismo, apoyado contra una pared, vestido con su chaqueta gris completamente raída. Pero bueno, ahora me tocaba decirle adiós a todo eso. También pensaba en Dorothy, en la última vez que nos habíamos visto, caminando por el parque, con su bufanda de lana ondeando al viento, plantándose firme ante lo que ella

misma se había buscado, firme en su renuncia. Yo también había renunciado a algo, si es que alguien quiere pensar en esos términos, pero era cosa mía, desde ese momento y para siempre.

Más adelante, cuando tuve hijos, solía decirles: «Bueno, lo habéis hecho lo mejor que habéis podido, eso es lo importante». Les repetía lo que siempre me había dicho a mí misma. Una persona que cree en la equidad solo tiene algunos caminos disponibles. No me jacto de nada por haberme quedado con mi marido, aunque muchos de los matrimonios de nuestra época de juventud no duraron. La fiereza de nuestras convicciones hacía que la gente confiara demasiado en sus impulsos. Betsy terminó su relación con Norman de una forma muy ruidosa, y se escapó con el tipo que regentaba nuestro bar clandestino preferido. Era mayor y no muy apuesto que digamos, uno de esos encaprichamientos tontos tan típicos de una persona como Betsy. La seguimos viendo por el barrio, y siempre se refería a Norman como «el pequeño genio de las multitudes», como si burlarse de él la justificara de algún modo. Yo pensaba que ella lo veía todo a corto plazo, pero al final siguió con su nuevo marido, para sorpresa de todos. Más adelante, regentaron un hotel en Palm Beach que, aparentemente, se volvió muy famoso.

Joe y yo seguimos siendo anarquistas, en una época en la que no mucha gente lo era y en la que muchos otros descubrían que el comunismo les resultaba más interesante. Tratamos de mantener nuestras amistades, pero hubo momentos duros, durante los juicios de Moscú, cuando nosotros éramos explícitamente críticos con Stalin, y durante la Segunda Guerra Mundial, a la que nos opusimos. Richard, que era judío, no nos habló durante años. Durante la guerra, nuestras dos hijas tuvieron que soportar agresiones y que unos bravucones las esperaran a la salida del colegio, y una vez a una de ellas le lanzaron

una bolsa llena de excremento de perro. Me dolió muchísimo enterarme de aquello. Pero nos mantuvimos firmes en nuestras convicciones de siempre, cuando mucha gente no lo hizo.

Norman, justo él, escribió un libro sobre su juventud perdida durante los mejores años del Village. *Días y noches en el Village*, un título no muy original. En él se refería a mí como «una joven tímida que floreció bajo la mirada atenta de los hombres de su generación», y yo les dije que había escuchado cosas peores sobre mí. Dedicó muchas páginas a Dorothy, aunque no recuerdo que Norman hubiera sido alguien especialmente cercano a ella. Pero cuando conoces a alguien que se hace famoso, de repente los recuerdos se vuelven mucho más vívidos.

Nadie podría haber adivinado que la persona que acabaría siendo famosa sería Dorothy. En aquella primera época, ella parecía buscar todo lo contrario: dejó de venir a las manifestaciones, dejó de salir a beber con nosotros. Habíamos dejado de ser fascinantes para ella. En el momento más álgido de la Depresión, cuando algunas calles de Nueva York empezaron a parecerse más y más a la India, empezó a imprimir junto a un amigo un periódico llamado *Catholic Worker*, dedicado a la teoría, aún sin explorar, de que la Iglesia tenía mucho más que decir sobre la pobreza de lo que había dicho hasta entonces. Era un tabloide que se vendía por un centavo y estaba lleno de reflexiones de Dorothy y también de pequeños ensayos en verso libre sobre las verdaderas enseñanzas de Jesucristo, compuestos por el excéntrico visionario que era su amigo. (No eran amantes tampoco). El periódico fue un rotundo éxito y a los pocos años ya habían lanzado su próximo proyecto, los Hogares de la Hospitalidad, donde alimentaban a los pobres con sopas caseras y les daban una cama a las personas sintecho, y cualquier persona que entrara por la puerta era tratada como el mismísimo Cristo. Mucha gente se ofreció como voluntaria, y sus seguidores construyeron

más y más de estos hogares en varias ciudades alrededor del país. Dorothy Day se convirtió en una representante renombrada que viajaba por diferentes ciudades como propagandista de las obras de la misericordia.

Yo no es que creyese en la misericordia. Me parecía que era más acuciante preguntarse por qué a la gente había que darles como donación lo que siempre les había pertenecido. Me parecía que lo único que hacían era curar las heridas de un sistema violento, lo que le permitía seguir su curso, en una época en que existía la posibilidad de derrumbar esos sistemas para dar lugar a algo mucho mejor. Me parecía que ver gloria en repartir un poco de sopa era de miopes, resultaba desalentador e ignoraba por completo lo que realmente era necesario.

Yo sabía, e incluso Joe lo decía, que había muchas cosas peores que unas personas recibiendo un poco de comida gratis —o que eran salvadas de congelarse en un banco de una plaza— mientras esperaban la revolución. Una espera que, para entonces ya lo sabíamos, sería bastante larga. El maravilloso futuro se hacía esperar, como el próximo mesías, y quizá nuestra paciencia hacía que nos pareciéramos a Dorothy. Yo seguía con mis viejos celos hacia ella, pero alababa (menuda palabra) la manera en que se había arrojado al fuego en pos de sus ideas. Estaba incinerada de ideales, puro trabajo, un esfuerzo denodado y una dedicación intachable. Para la gente era como una santa, aunque cuando se lo decían respondía de mala manera.

Y no hubo otro hombre en su vida después de Forster. Probablemente esperaba volver a casarse —le gustaban los hombres—, pero se fue convirtiendo más y más en una monja de su propia orden. Una vez vimos a Forster por la calle, llevando a una hermosa niña de unos once años a la feria, y supe de inmediato que era Tamar. Había oído que hacía algunas salidas con él. Ella tenía el pelo sedoso y suave, atado para que no le tapara los

ojos, y se la notaba delgada y silenciosa. Yo iba con mis propias hijas, todavía pequeñas en aquel entonces, vestidas con unos monos de verano.

Cuando nos vio, Forster dijo:

—¡Vera! Ahí estás.

No había cambiado nada: delgado, desaliñado, los ojos entornados y la frente amplia, como siempre.

—Cuánto tiempo —dije.

Nos preguntamos cómo estábamos —bien, bien— mientras las chicas se miraban.

—Qué calor hace hoy —les dijo a las niñas—. Por casualidad, no os apetecerán unos helados, ¿verdad? Seguro que no.

Aullaron indignadas ante la idea, y él nos trajo a todos unos helados de fruta, uno pálido con sabor a limón y uno de un rojo profundo con sabor a cereza, que Barbara, mi hija menor, se tiró encima. Louise, que tenía casi siete años, desafió a Barbara a que pusiera sus dos paletas delanteras dentro del helado y contara hasta cien.

—No lo hagas —dije—. Ni se te ocurra.

—¿Tú lo hiciste alguna vez? —preguntó Louise.

En mi niñez no hubo muchos helados, pero les confesé que una vez, durante el invierno, pegué la lengua en un poste de hierro helado porque Mary Elizabeth, mi vecina, me había desafiado. No sé por qué sentí la necesidad de contárselo, excepto porque siempre tuve la compulsión de decir la verdad. Una vez las enviamos a la guardería de unos anarquistas en la que les repetían constantemente que fueran sinceras.

Forster había cogido una servilleta y estaba ocupado tratando de limpiarle la cara manchada de cereza a Barbara, sin mucho éxito. El gesto fue de una ternura tal que me exasperó, y tuve que llevarme a las niñas a rastras antes de empezar a hacer el ridículo delante de ellas.

Luego las niñas se olvidaron por completo de haber conocido a Forster, aunque les había caído muy bien. Lo que siempre recordaron fue mi historia sobre lamer un poste helado porque una vecina me retó. ¡Una versión de su madre que no conocían! Se metieron conmigo por esa historia durante años. Joe las ayudaba. Y yo no podía evitar sentirme un poco feliz de que alabaran mi valentía, incluso en esas circunstancias, dado que sería justamente eso lo que, a fin de cuentas, todos necesitaríamos, una y otra vez.